



LA VIOLETA.

REVISTA HISPANO-AMERICANA.

LITERATURA, CIENCIAS, TEATROS Y MODAS.

DEDICADA Á S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

Directora propietaria, DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

SUMARIO.

Suscripción en favor de la Sra. D.^a María Josefa Zapata.—
Una página de la historia de Asturias.—La despedida;
poesía.—Magdalena.—Los bienaventurados.—Salones.
—Explicación del figurín.—Advertencias.

SUSCRICION

en favor de la Sra. D.^a María Josefa Zapata.

Suma anterior.	765
D. ^a María Carrascosa.	6
Suma.	771

En este número queda cerrada la suscripción; los señores que en adelante gusten socorrer á esta desgraciada señora, pueden dirigirse á su domicilio, en Cádiz, calle de la Tenería, número 8, cuarto tercero.

UNA PÁGINA

DE

LA HISTORIA DE ASTURIAS.

POR NICOLÁS CASTOR DE CAUNEDO.

(Continuación.)

II.

Mandó el Rey prender Vergilios
Y á buen recaudo poner,
Por una traición que hizo
En los palacios del Rey.

(Romance de Vergilios.)

Se pasaron muchos días. Doña Urraca había ya muerto, y su hijo Alfonso VII, llevado en alas de la victoria, y venciendo cada día á los fieros sarracenos, ornaba su frente con la corona de *Emperador de España* por haber estendido sus dominios más que ningún otro de sus predecesores y tener por tributarios á todos los reyes cristianos y musulimes, que á la sazón se dividían el dominio de la Península. Todo era para el afortunado monarca triunfos y bienandanzas; empero en el país de Asturias ardía el fuego de las discordias civiles. El conde don Pedro Diaz de Aller había reunido á sus hijos,

todos tres paladines valerosos, y á sus poderosos aliados, entre los que se distinguía el renombrado guerrero D. Pelayo Flores, y declarándose en guerra contra el Emperador hacia enarbolarse su rebelde bandera en los fortísimos castillos de *Pelugano* y *Coyanza* (1) que eran los más preciados de los que formaban su Estado. Hablábale de las causas que impulsaron al viejo conde con variedad. Aseguraban unos y él mismo lo sostenía, que cansado de recurrir respetuosamente al Emperador en demanda de varios feudos y fortalezas que en tiempos antiguos habían sido usurpados á sus abuelos por la corona, se veía precisado á sostener sus derechos con las armas. Otros decían que aquel levantamiento era tan solo la justa venganza de un padre irritado contra el monarca desleal, que abusando de su poder intentaba seducir á la más bella de sus hijas. Otros en fin, los más acertados, sostenían que D. Pedro Díaz de Aller era no más el instrumento de su ambicioso y opulento pariente Gonzalo Pelaez, implacable aunque encubierto enemigo del Emperador, que olvidado de su antigua rivalidad le había confiado el gobierno de Asturias y de los considerables territorios de Astorga, Vierzo, Labiana y Babia. Crecía más y más la insurrección, y el Emperador, para sofocarla, hubo de aprestar numerosa hueste capitaneada por el esforzado Rodrigo Martínez de Osorio. Este, sin pérdida de tiempo, salvó los altivos montes que separan á Leon de Asturias por la agreste comarca de los *Argüellos*, y sin detenerse en el *Pino*, noble solar de la poderosa familia de los *Ordoñez*, cayó inesperadamente en el valle de Aller y cercó el castillo de Coyanza, donde el conde don Pedro Díaz con algunos de sus hijos y principales parciales se resistió valientemente por largo tiempo; mas cediendo al fin al número, quedó prisionero con los que le acompañaban y conducido á Leon fué encerrado en una torre. —En tanto Gonzalo Pelaez, que á pesar de los años transcurridos y de vivir al lado del Emperador, conservaba sin mengua su odio á este por haberle quitado con el corazón de la bella Gontroda el laurel del torneo de Oviedo, había conspirado sordamente en favor del conde. Mas descubiertos sus amañes y reducido á prisión Rodrigo Gomez y otros de sus partidarios, abandonó la corte imperial, y seguido de un solo escudero corrió á Asturias, y dejando tras sí el devoto monasterio de Santa María de Arbas, el

castillo de Pajares y el antiguo pueblo de Campomanes, donde fué muerto el rey de Navarra Sancho el Mayor, llegó al inespugnable y antiquísimo castillo de Tudela (1) en el mismo día en que se entregaba á Osorio el de Coyanza, que no estaba muy lejano. Ya en seguridad despachó Gonzalo mensajeros á los castillos de Luna, Gordon, Alba de Quirós, Gozon, Buango y Proaza, que todos eran de su pertenencia, y la rebelión ya vencida y casi muerta, renació más lozana y potente. Apenas restaban obedientes al monarca Oviedo, Gijón y algunas otras villas en todo Asturias. Entonces numerosas huestes castellanas y leonesas vinieron contra el revoltoso Pelaez, que cada día encontraba en aquella cruda guerra ocasiones de mostrar más y más su esfuerzo y su pericia; mas cercado al fin en el real alcázar de Gozon, hubo de capitular. Fueron las condiciones del concierto entregar al Emperador el castillo de Tudela, y guardar una tregua de dos años, durante los que residió sucesivamente en los de Alba de Quirós, Boango y Proaza. Apenas espiró el armisticio, continuó D. Gonzalo la guerra con más furor que nunca, situándose en el último de los castillos que acabamos de nombrar.

En tanto Gontroda había vuelto á ver á su real amante, ya en Leon donde residiera algun tiempo con su madre Doña María Ordoñez, muerta á la sazón, ya en Oviedo, donde Alfonso VII, siguiendo la piadosa costumbre de sus predecesores, solía pasar la devota temporada de la cuaresma. Los días y los años se deslizaban de distinta manera para ambos amantes, pues así como en el pecho de Gontroda la llama pura de su amorosa pasión permanecía firme y robusta, la imagen de la hermosa asturiana se debilitaba más y más en el corazón del soberano. Cuando la prisión del anciano D. Pedro Díaz, despachó á un escudero con una sentida carta para el Emperador, en la que con mil protestas de ternura le pedía su perdón. Alfonso VII, que en los primeros momentos de cólera había mandado degollar al rebelde conde, se conmovió algun tanto al ver las palabras trazadas por la bella mano de su tierna amante; mas aquella impresión duró breves instantes: concedió la vida á Pedro Díaz, mas no contestó á la amorosa epístola de su hija.

Esta, cual delicada flor, se marchitaba de día en día. Desaparecía el bello carmín de sus mejillas para dar lugar á una palidez mortal, y sus ojos estaban circuidos de una orla amoratada; la vida en fin parecía abandonar aquel hermoso cuerpo: tal impresión causaron en la sensible

(1) Del castillo de Pelugano se conserva en la parroquia del mismo nombre, concejo de Aller, un torreón que permaneció casi intacto hasta há pocos años. Está situado en las tierras donde persevera la casa que segun la viva tradición del país, sirvió de morada á Doña Gontroda.

El antiguo Coyanza es el Collanzo de hoy, sus ruinas son poco notables, pues ha desaparecido casi del todo. Parece perteneció posteriormente á Gonzalo de Quirós.

(1) Edificáronle los romanos que le dieron el nombre de *Tutela* ó *Guarda del país*. Reedificóle Alfonso el Magno en el siglo x, y fué pertenencia de los obispos de Oviedo.

doncella las recientes desgracias de su familia y la tibieza de su coronado amante. Pero Díaz y sus hijos continuaban encerrados en las torres de Leon, y Gonzalo Pelaez posesionado de Proaza: tal era el estado de los personajes principales de esta historia en el momento en que vamos á continuarla. Hacia los confines del antiguo reino de Leon, se dilata un valle espacioso y risueño, ricamente ataviado con los dones de una naturaleza pródiga y abundante, y circuido de soberbias montañas que le resguardan del verde tapiz de las praderas bordado profusamente de florecillas de distintos colores. Nada tan pintoresco como aquel país que ostenta la belleza salvaje y la robusta vegetación que era comun en toda la tierra antes que fuese anegada por las aguas del Diluvio. Vegas feracísimas cubiertas de innumerables ganados, montes elevados y vestidos de árboles seculares y de maleza, guarida de los osos y los corzos; rocas altísimas que sirven de cimiento á los torreones feudales, y por entre las que brotan impetuosos torrentes: hé aquí el magnífico y sorprendente cuadro que se desenvuelve á los ojos del viajero (1). En la época que llegamos de nuestra narración, este bello país estaba casi desierto, pues sus habitantes, corriendo en pos de la bandera de su señor el conde D. Pedro Díaz, gemían unos en el cautiverio y otros fueron á engrosar las filas del turbulento Gonzalo Pelaez. Aunque el aire de la primavera vivificaba toda la naturaleza y revestía á la tierra de sus preciosas galas, no resonaban en Aller las antiguas cántigas de los aldeanos ni los rústicos ecos de la gaita; apenas se veían en el valle otros vivientes que niños que apacentaban los mermados rebaños, mujeres que labraban las tierras en ausencia de sus hermanos ó esposos, y ancianos que lamentaban las desgracias de la patria. Era una tarde del mes de marzo; el sol declinaba y desaparecía tras las encumbradas montañas, cuyas cimas tenía en su despedida de color de oro, y dejaba lugar á la luna que pálida y triste se alzaba timidamente por la parte opuesta. La sombra de los árboles y los edificios se proyectaba indefinidamente y pintaba de un color siniestro el romántico paisaje que rodeaba el antiguo castillo de Pelugano, que á la ribera del río Aller se alzaba orgulloso sobre una co-

lina enseñoreando el valle, bien así como su poderoso señor el conde D. Pedro Díaz dominaba en otro tiempo á los habitantes de aquel territorio. En otro tiempo decimos, pues no era ya su bandera la que ondeaba sobre las erguidas almenas de Collanza y de Pelugano, sino la que ostentaba los castillos y leones del Emperador de España, pues todos los feudos y dominios de Pedro Díaz habían sido confiscados en pena de su rebeldía. Muy cerca del castillo y en las mismas tierras adyacentes, se alzaba una modesta vivienda (1) que servía de asilo á las nobles huérfanas Gontroda y sus hermanas más jóvenes, que allí lloraban la soledad y desamparo á que se vieron reducidas desde el cautiverio de su padre y sus hermanos. En la tarde de que hablamos, veíanse las tres hermanas sentadas al pie de un robusto tronco. Sancha y Munia recamaban minuciosamente un manto para la efigie de Nuestra Señora de Pelugano y conversaban tristemente, en tanto que Gontroda algo apartada, en actitud meditabunda, se entregaba á tristísimas reflexiones.— «¡Fementido Alfonso!—se decía:—¡quién creyera que tan en breve y con tan inaudita ingratitud olvidarías tus juramentos!... Mas ¡qué digo, loca de mí! ¡Qué encantos puede ofrecerle una desvalida huérfana educada lejos de la corte y en estas sombrías soledades?... ¡Por qué habré yo dado crédito á sus mentidas palabras?... Así se lamentaba aquella hermosa joven que era la causa inocente de la guerra civil que ensangrentaba el risueño suelo asturiano, cuando el bélico sonido de las trompetas y clarines, y los relinchos y galopar de los caballos, interrumpieron sus pensamientos y el silencio que en el valle reinaba. Súbitamente dejóse ver una lucida tropa de guerreros que á largo paso se acercó al castillo de Pelugano. Los hombres de armas que lo guarnecían, empuñando sus partesanas y ballestas cubrieron las almenas de la torre del Homenaje, é hicieron sonar sus trompetas y atambores izando la bandera del Emperador. Los recién llegados atravesando el puente levadizo, entraron en la fortaleza, y las tres hermanas vieron separarse de aquel grupo á dos caballeros, que vestían esplendorosas armas y que corrieron precipitadamente en su busca. Muy en breve llegaron, echaron pie á tierra, y con inesplicable asombro reconoció Gontroda al amante á quien pocos momentos antes culpaba, al mismo Emperador Alfonso VII. Su compañero era el conde D. Pedro Díaz. Las tres jóvenes abrazaron á su anciano padre con lágrimas de gozo, y formaron con él un solo grupo que duró algunos minutos. Por fin el conde, que también lloraba, dijo: «¡Doblad

(1) El concejo de Aller confina por el Norte con el de Mieres, por el Mediodía con la provincia de Leon, por Oriente con los concejos de Labiana y Caso, por Occidente con el de Lena.

(1) Consérvase aún, y es pertenencia de la familia de Bernardo de Quirós.

hijas mías, doblad la rodilla ante el mejor de los soberanos. No contento con perdonar la rebelion á que me arrastró nuestro turbulento pariente Gonzalo Pelaez, me devuelve hoy mis feudos y castillos, y sobre todo á vosotras, que sois mi más preciado tesoro. ¡Loor y gloria á nuestro jóven y valiente Emperador!» Los espresivos ojos de Alfonso VII decian á Gontroda que no á su bondad debía el anciano su perdon, sino al amor que ardía en su corazon á despecho del tiempo trascurrido. La hermosa hija de las montañas sintió en el suyo aquella mirada, y contestó con otra que aseguraba al monarca el perdon, el olvido de tantas lágrimas vertidas y un mar inmenso de amor y de ventura.

(Se concluirá.)

LA DESPEDIDA.

(Para música.)

Cual á los astros del firmamento
Trazó á las almas Dios su camino...
¡Triste el que intenta de su destino
La ley eterna contrariar!

El hado ciego nos unió un día
Y hoy nos separa ¡por siempre acaso!
No, no detengas incierto el paso,
Sigue adelante, vano es luchar.

La débil nave que al mar y al viento
Fió su suerte, do vá no sabe...
¡Ay del que fía, como la nave,
Sus esperanzas á viento y mar!

Si allá en la noche, ves como el cielo
Rápida cruza pálida estrella,
No le preguntes «donde vá» á ella;
Solo Dios sabe do ha de parar.

RAFAEL FERRER Y BIGNÉ.

Valencia 15 de mayo de 1860.

MAGDALENA.

(Continuacion.)

—A fé mía, querida hermana, haz lo que quieras; yo supongo que el notario responderá debidamente de la suma, y supuesto que pagará el interés... Además, como entre los dos todavía reuniremos medio millon contante para

Magdalena, y supuesto que no la hemos de destinar al comercio...

De repente como si hubiera experimentado una conmocion eléctrica se detuvo la palabra en sus lábios... últimamente repitió balbuceando:—Es decir, hermana mía... yo pienso... reflexiono... en fin, ya nos ocuparemos de esto en otra ocasion si tú quieres.

El conde comprendió el motivo de esta súbita indecision: una espresiva ojeada de Magdalena acababa de suspender la respuesta de su padre...

¡Había nacido esta ojeada de un sentimiento de delicadeza al oir enumerar á Mr. Mercier delante de todos las riquezas de su hija, ó por el contrario, debería ser hostil á los proyectos de Mlle. Bonneville?

Hé aquí las diversas sensaciones que trastornaban al jóven.

Con efecto, la prueba le parecia decisiva, pues la opulenta Mlle. Mercier no podia impedir á su tia que ayudase el amor fraternal de Mlle. Bonneville sin dar á entender abrigaba el más pérfido corazon.

Sin encontrarse con suficiente valor para salir, subió otra vez á su cuarto y volvió á ponerse á la ventana.

Al cabo de dos horas vió pasar un criado que llevaba una carta. Sin duda era la respuesta de Mme. Louvet á Mlle. Bonneville. En aquel momento hubiera dado Julian diez años de vida por conocer esta respuesta. Por fin, no pudiendo contener su ansiosa curiosidad, creyó haber hallado el medio de satisfacerla.

Abandonó su habitacion, y fué á suplicar á Mme. Louvet le concediese algunos instantes de audiencia.

Le recibió con la mayor complacencia. Este aire de inusitada solemnidad le persuadia de que el conde de Lalande se decidia por fin á solicitar la mano de su sobrina.

—Os pido perdon anticipadamente, señora, de la aparente indiscrecion que voy á cometer, —se adelantó á decir el jóven con seriedad.

—Hablad, hablad, querido conde, —respondió ella sonriendo.

—¿Desearia saber si habeis concedido á Mlle. Bonneville la suma que os pidió prestada para su hermano?

—Señor conde... yo...—balbuceó madame Louvet visiblemente turbada y sorprendida.—Mr. Mercier... no ha creído deber aconsejarme de...

—Es porque si nó, tengo intencion de ofrecer esa suma á Mr. Alfredo Bonneville,—interrumpió Julian con frialdad.—Hé aquí el motivo de mi pregunta, que segun espero tendreis la bondad de perdonarme.

—Este Mr. Lalande posée un gran corazon,—se dijo Mme. Louvet así que le vió alejarse.—Le indigna y con razon al ver que yo, la antigua amiga del abogado que empezó mi fortuna, rehúso ayudar á sus hijos. ¡Y habiendo podido hacerlo á tan poca costa!—concluyó dando un suspiro.

Al salir de su entrevista con Mme. Louvet, se fué Julian á la habitacion de su tio. No lo encontró, pero se halló con Simona, la vieja y fiel criada de la familia Mercier.

Simona por complacer á uno de sus camaradas concluía en este momento de arreglar el cuarto del marqués.

Julian juzgó oportuno interrogar á esta mujer, cuyo fanatismo acerca de su jóven ama Magdalena le era bien conocido, á fin de saber por ella los detalles que no se habia atrevido á preguntar á Mme. Louvet.

—¿Quereis mucho á Mlle. Mercier?—la preguntó.

—¡Que si la quiero, señor conde! ¡yo que la he criado! Ello sí es verdad que la mimo mucho, porque figuraos que he viajado toda la noche y parte del día á fin de procurarle unas flores que deseaba para el baile de ayer noche.

Julian se estremeció.

—¿A dónde habeis ido á buscarlas?—La dijo.

—¡Nada menos que á Boulogne, señor conde! Fuí en el cabriolé conducido por Santiago. Seguramente hubiera llorado á no traerla el ramo que deseaba, y podeis pensar cuánto habré hecho por procurármelo; mas cuando he vuelto triunfalmente con él, ¡cuánto me ha abrazado! ¡Mlle. Magdalena pretendía que nadie llevaría en Samer otro semejante!

—De manera,—pensó Julian,—que no es Mlle. Mercier la que fué por la mañana al iavernadero de Mme. Poliuti.

Este descubrimiento le inspiró aún más

deseo de continuar preguntando á Simona.

—¿Hace un momento se hallaba Mlle. Mercier conferenciando con su padre y su tia?—dijo él.

—Sí señor, en la habitacion de Mme. Louvet. Yo tambien estaba allí, mas como mis amos no guardan ningun secreto con su vieja Simona, han hablado delante de mí.

Parecia que el cielo favorecia los planes de Julian para indagar la verdad. Todo podia saberlo por Simona, mas reflexionó debia finjir con ella á fin de que se esplicase sin recelo.

—¿Se trataba de un préstamo de 100,000 francos, segun creo?

—Sí...—balbuceó Simona.—Si quereis saber algo acerca de esto, señor conde... yo no sé... no debo...

—Vamos, ¿qué podeis temer, Simona? Tengo interés en saber el resultado de esta conversacion; recordad que depende de ella la dicha de vuestra querida Magdalena.

—De este modo, si el señor conde quiere esplicarme lo que desea...

—La opinion de Mlle. Magdalena no era la de esponer tan fuerte suma.

—Señor conde, yo...—replicó Simona cada vez más indecisa.

—Y francamente tiene razon,—continuó Julian, sin aparentar que notaba la indecision de la fiel pero poco inteligente criada.

—¿No es verdad, señor conde?—interrumpió ella con alegría y enteramente engañada con el artificio empleado por Julian.

—Ciertamente. Referidme, pues, todo lo que ha pasado.

—Sí, os lo contaré todo, puesto que no la vituperais, señor conde. Figuraos que la pobre ha llorado y sollozado, porque su padre y su tia querian esponer absolutamente esta suma. Ella, que tiene un talento notable á pesar de su juventud, les decía así: «prestar 100,000 francos á un notario que no puede hipotecarlos es querer perderlos, y si su plaza no le dá los resultados que espera; si los negocios van mal, se verá en la precision de vender más tarde su estudio á menos precio.» En fin, señor conde, hallaba tantos argumentos que se la hubiera creído un abogado.

—Segun veo,—dijo el jóven con aparente

calma,—Mlle. Mercier posée un talento especial para los negocios. ¡Tan joven! No hay duda que promete.

La vieja Simona triunfaba.

—Y sin duda,—prosiguió el conde,—madame Louvet habrá enumerado á su sobrina los contratiempos que ha debido reportar su negativa á una cierta Mlle. Bonneville.

—Sí, señor, y la señorita sostenía que esta persona era una hipócrita, que fingía sacrificarse por su hermano mientras que en realidad se limitaba á querer estirpar el dinero de Mme. Louvet, á fin de verse ella libre de la obligacion de ayudar á su hermano.

—¿Y qué la ha respondido su tia?

—Despues de todo, hija mia, tú mandas, puesto que te está destinado este dinero. Si lo perdiese no me lo perdonaría. Contestaré negativamente á los Bonneville.

La llegada del marqués interrumpió esta conversacion, y Simona dejó la habitacion persuadida de que habia servido maravillosamente á su señora en el concepto del conde de Lalande.

Este repitió á su tio lo sucedido, y terminó declarando que jamás se casaria con mademoiselle Mercier.

(Se concluirá.)

JOAQUINA DE CARNICERO.

LOS BIENAVENTURADOS.

CUADROS FESTIVOS

POR D. LEANDRO ANGEL HERRERO.

CUADRO I.

Los pobres de espíritu.

(Conclusion.)

En aquella joven habian reconocido á la *balicona* que acompañaba siempre á la rubia. Ya hemos dicho antes que aquella pobre criatura arrastraba una existencia doliente, y que la naturaleza la habia privado de los privilegios de la hermosura.

—Y bien, Sr. de la Solapa,—esclamó el general,—¿no me ha pedido Vd. la mano de mi hija?... Héla aquí.

Y D. Tomás pronunció estas palabras con suprema socarronería. El tormento de los dos amigos era para él una especie de desquite del día anterior.

—Vámonos de aquí,—dijo Tenaza á su amigo al oído.—Esa muchacha es un monstruo.

—Espera,—replicó Alejo.

Y se quedó pensativo.

El general blandecía distraidamente en el aire su grueso baston de bambú. Juan Tenaza temblaba como un azogado.

—Acabemos,—gritó D. Tomás con acento áspero y destemplado;—me ha pedido Vd. la mano de mi hija y se la otorgo. ¿Qué responde Vd.?

—Una palabra, señor general,—contestó Alejo;—si su hija de Vd. es esta señorita, ¿quién es aquella otra?

—Sí... ¿quién es?—añadió Tenaza.

Y señalaban á la rubia.

D. Tomás no se pudo contener y soltó la carcajada.

—Señores bribones,—dijo en voz alta,—se han equivocado Vds. de lo lindo y me alegro lo que no es decible. Esta señorita tan encantadora, tan adorable, que ven Vds. aquí, y á quien Vds. conocen tan bien como yo, es la doncella de mi hija.

—La doncella,—murmuraron á la par los dos amigos.

—Sí, señores bribones... la doncella. ¡Já! ¡já! ¡qué chasco, Sr. Tenaza! ¡Já! ¡já! verdaderamente que esto es divertido... ¿Eh? ¿No se rien Vds.? ¿Quieren tomar tan pronto las de Villadiego? Es malo el negocio ¿no es eso? Pues bien, ha de saber el Sr. de la Solapa que esta pobre niña, aunque de condicion humilde, es acreedora al amor de un hombre honrado. A Vd. le cumple demostrarnos que lo es.

Calló el general.

La encantadora rubia no replicó una palabra. Estaba más colorada que una guinda. Juan Tenaza suspiró y dijo al oído de Alejo:

—¿En qué quedamos?

El cazador de gatos se acercó al general y dijo:

—Señor, yo soy un pobre de espíritu. No quiero honras ni riquezas, ni aun moderadas. La amo; dentro de poco seré abogado y sabré

colocarme en posicion decorosa á fuerza de aplicacion y de constancia. ¿Me concede Vd. la mano de la doncella?

El general soltó el baston de bambú y abrazó á Alejo. Tenaza respiró con más libertad. El baston del general era su pesadilla.

—¡Bravo!—esclamó D. Tomás;—sois unos buenos muchachos, y en premio de ese des-interés me encargo de vuestra suerte.

Volvió á cojer su baston, se acercó á Tenaza, le agarró de una oreja y le dijo:

—De buena te has librado, perillan. Si este asunto no hubiera tenido un término tan razonable, te lo digo como lo siento, no hubiérais sacado de aquí un hueso sano.

En seguida se reunió con Laura y con Alejo, que estaban ya *pelando la pava*, oprimiéndose las manos con cierto descoco, y exclamó:

—Chiquitos, chiquitos, suprimid por ahora esos arrumacos..... Voto á mil dragones, ¡qué fuego!

Y colocándose en medio de los dos añadió:

—Ella ha sido una hermana para mi hija... Yo seré un padre para vosotros. ¡Sed felices, hijos míos!

.....

EPÍLOGO SENTIMENTAL.

Han pasado diez años.

Alejo es hoy uno de los abogados de más crédito de la córte. Vive en un lindo cuarto de la calle del Arenal y es la criatura más dichosa de la tierra.

Su Laura está cada vez más loca por él, y tanto que cada dos años se aumenta el personal de la casa con un angelito de cabeza rubia y ojos azules. Ya tienen cinco. Lo que más les disgusta es que lleven el apellido de Solapa. Esta desgracia es irremediable.

Todos los días se ven Juan Tenaza y Alejo.

Juan es un famoso médico. Dejó el sistema drástico de Mr. Le Roy, tomó su título merced á la generosidad de D. Tomás, que tambien le alcanzó á él, y se estableció en una de las calles más céntricas, donde no habian llegado los gritos de sus víctimas de la calle de Toledo que sucumbieron á los rigores de la dieta y de las purgas fulminantes.

Inútil es decir que los dos amigos han supri-

mido ya la industria de los cuellos Desiderios. Tienen un escelente bienestar y son dichosos. No se acuerdan de la caza de gatos mas que para reir grandemente.

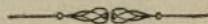
Sin embargo, Juan Tenaza conserva un vicio malo de su pasado, no se quiere casar. Se atiene á la letra de aquel antiguo proverbio que dice: «El buey suelto... etc.» Es un tunante socarron que tiene ya espolones y que detesta atrozmente á las suegras. Asegura formalmente que le encanta la vida de las mariposas, y á semejanza suya vuela de flor en flor y con suerte.

En cambio ayuda á Alejo á criar á sus hijos, los enseña á jugar á los bolos y otras picardías que no se pueden consignar.

El general toma café y rom todos los días en casa de Alejo. Es padrino de todos los chiquitines. Cuando se reunen estas personas y cuando buscan el origen de la felicidad que se asocia á su existencia, reasumen todos los argumentos con estas palabras:

—¡Bienaventurados los que desean poco, porque la Providencia les concede mucho!

FIN.



SALONES.

El Liceo Piquer celebró el lunes su tercera sesion que fué brillantísima. Se pusieron en escena dos piezas *La frutera de Murillo* y *Los dos preceptores*, magistralmente ejecutadas por las señoritas Gracia, Lopez y otra muy simpática, cuyo nombre sentimos no recordar, y por los señores Ramos, Marquez, Ferranz, Gonzalo, Asiain y Rincon. Este último en *La frutera de Murillo* estuvo muy oportuno, haciendo reir á la concurrencia por la mucha gracia con que dijo su papel. El autor de esta bellissima pieza, Sr. Santistéban, fué llamado á la escena, siendo muy aplaudido, como asimismo los señores que con tanto acierto la desempeñaron.

Los intermedios, muy generalmente fastidiosos en todos los teatros, son en este elegantísimo coliseo de lo más ameno y agradable que se puede imaginar. La seccion lirica y la literaria hicieron las delicias del escojido público que llenaba las localidades. Presentá-

ronse primeramente las señoritas doña Luisa Bruxola y doña Amalia Albeniz, cantando un precioso duo compuesto por el distinguido profesor Sr. Manzochi, circunstancia que no han consignado ninguno de nuestros colegas, y que es muy de notar por su mérito y porque fué sumamente aplaudido.

La señorita doña María Cortina cantó con la maestría que acostumbra *El Mattino*, composición también del mismo profesor, llena de inspiración y sentimiento.

María la cantó admirablemente, arrancando numerosos aplausos de la entusiasmada concurrencia, que la escuchaba con el más profundo silencio. Después la señora de Bruxola cantó un aria de *Pia di Tolomei*, con notable afinación y bravura. Siguió una romanza de *La Forza* por la señorita Albeniz, y un aria de *Traviata* por la señorita Cortina. No me detendré á describir el mérito de cada una de estas señoritas, porque todo el mundo le conoce. Baste saber que fueron estrepitosamente aplaudidas, recibiendo innumerables pruebas del agrado y satisfacción con que se las escucha.

El precioso niño Urrutia, discípulo de Monasterio, ejecutó en el violin unas difíciles variaciones, acompañadas al piano por la distinguida y simpática señorita doña Concha Imbert; siendo ambos muy aplaudidos por la limpieza y brillantez de la ejecución.

Por último, la sección literaria contribuyó á amenizar la fiesta. La señora doña Natalia Boris leyó una preciosa poesía llena de inspiración y de ternura, que fué muy aplaudida. La autora de estas líneas leyó otra, dedicada á la señorita Cortina, con motivo de la representación de *Norma*. Y los señores D. Antonio Fernandez Grilo, redactor de *La Razon Española*, y el Sr. Saco de *La Iberia*, leyeron el primero una magnífica y entonada oda, llena de elevadísimos pensamientos y de sonoros y armoniosos versos, que le valió una lluvia de aplausos y las más entusiastas muestras de aprobación. El segundo leyó unos ingeniosos y notables versos á la fotografía, que agradaron mucho por la gracia y verdad con que están escritos.

Concluimos felicitando á los señores de Piquer por la brillantez que saben dar á estas

fiestas, haciendo su coliseo un verdadero templo del arte, digno de admiración y universal aplauso.

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

ESPLICACION DEL FIGURIN.

1.^a figura. Vestido de moiré labrado, fondo blanco, sembrado de violetas; el bajo de la falda le guarnece un pequeño encañonado, color violeta. Cuerpo redondo por delante con aldetas de fantasía detrás, á la que rodea un gran fleco formando borlas. Cinturon abrochado con un escudo de plata. Manga de codo adornada en el mismo género que el resto del traje. Sombrero de terciopelo malva, pluma y marabú. Cuello y mangas de encaje.

2.^a figura. Vestido de terciopelo cuero, falda lisa y cuerpo bolero, que puede servir igualmente sobre cualquier traje. El adorno es muy rico, bordado y mezclado con cuentas de azabache. Mangas de codo adornadas de igual modo. Cuello y mangas interiores bordadas. Gorra de tul y encaje con lazos, color de rosa.

ADVERTENCIAS.

Con este número repartimos á nuestros suscritores de la edicion completa el segundo pedazo de la pantalla: con el número inmediato irán dos á fin de que puedan tenerla completa en este mes.

OTRA.

La necesidad de concluir en este mes las novelitas que tenemos pendientes, nos obliga á suprimir en este número la Revista de teatros, insertando la de modas en las cubiertas, á fin de que nuestras suscriptoras no carezcan por completo de las noticias sobre trajes y adornos tan indispensables en la época actual.

Por todo lo no firmado,

La Directora, FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

Editor propietario.—VALENTIN MELGAR.

MADRID: 1863.—Imprenta de MANUEL DE ROJAS, Pretil de los Consejos, 3, principal.